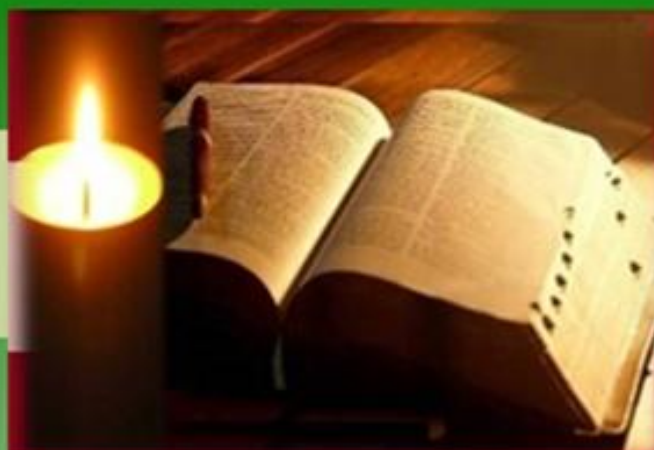


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 22º



Ordinario

P. Carlos Pabón Cárdenas, C.M.

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA



La humildad, camino de grandeza

Ambientación:

El tema de esta liturgia dominical es la *humildad*. Dios ha manifestado siempre una predilección por los pequeños: toda la historia de la salvación es una constatación de ello.

En su marcha mesiánica hacia Jerusalén Jesús nos ofrece la clave para leer las incidencias cotidianas de la vida con profundidad de discípulo del Reino de Dios.

1. PREPARACION: INVOCACIÓN al Espíritu Santo

*Espíritu Santo,
Señor y dador de Vida,
Ilumina nuestra mente y nuestro corazón
para que, al acercarnos a escuchar la Palabra,
demostramos gracias al Padre que nos llama a la salvación
y aprendamos a ser humildes y sencillos
para que podamos recibir con provecho
el don de tu amor y la gracia de saber compartirlo
con nuestros hermanos
en fraternidad sencilla y verdadera.
Amén.*

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Sir. 3, 17-18.20.28-29: «Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios»

En la primera lectura tomada del libro del Eclesiástico, se oye la voz de un sabio de la primera Alianza, educador atinado, que da consejos al discípulo para llevar una vida honrada en medio de su Pueblo. Cuando le decía «*hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios*», no alcanzaba a descubrir toda la hondura de ese comportamiento cuando en la experiencia cristiana se abre no sólo a un buen proceder humano sino a una experiencia de la verdadera grandeza del hombre, la que Dios considera..

En la encarnación Cristo se hace humilde para estar con nosotros, y en él levantarnos hasta el Padre Dios. Y es que a partir de Cristo todo lo antiguo ha cambiado y ha sido superado. Lo dice la carta a los Hebreos: no es ya la experiencia de Dios en teofanías cósmicas y temerosas sino el acercarse a Dios que en la persona de Cristo, hijo de Dios, se ha hecho cercano y ha querido compartir la vida del hombre. El da sabor de Dios a todas las realidades humanas. Incluso las pequeñas experiencias de la vida cotidiana.





Al leer los textos de la liturgia de hoy nos podemos quedar con la impresión de que simplemente se nos aconsejan comportamientos muy propios de la convivencia humana. Son de diaria ocurrencia. Quizás, incluso, nos puede quedar la impresión de que es posible usar la sencillez y la humildad para lograr puestos mejores. Algo, sin embargo, se encierra en la lectura del sabio del Antiguo Testamento: **Cuanto más importante seas más humilde debes ser**. No está reñida la humildad con el valor de la persona sino con el uso que el grande hace de su capacidad y su poder.

Además de recomendar la **sencillez** como característica del hombre sabio, el autor subraya aquí (vv. 21-24) que la verdadera fuente de la sabiduría radica en la revelación divina y no en la filosofía helenista. Algunos manuscritos griegos añaden los vers. 19 y 25 (que faltan en la mayoría de manuscritos) Sir. 3,19: «*Son muchos los ensalzados y alabados, pero Él manifiesta sus secretos a los mansos*». Y Sir. 3,25: «*Si no tienes pupilas, te faltará la luz. Si careces de ciencia, no digas nada*».

Podemos conservar los consejos prácticos que se nos piden para encontrar la manera cortés y digna de participar en banquetes y reuniones, como lo enseña el sabio del Antiguo Testamento en el libro de Jesús Ben Sirá.

Sal. 68(67): «Has preparado, Señor, tu casa a los desvalidos»

Los versículos tomados del Salmo 68(67) hablan de la acción de Dios deparando casa y libertad a su Pueblo, después de haberlo liberado de Egipto y de la desolación del desierto. Es un canto a la Providencia de Dios, que sólo los «pobres» son capaces de reconocer. Los «ricos», es decir, los satisfechos de sí mismos, se vuelven incapaces de pensar en algo más allá de lo que ya poseen; ¡y es tan poco, eso!

Hbr. 12, 18-19.22-24a: «Se han acercado al Monte Sión, ciudad del Dios vivo»

Recordemos que el Pueblo de Antiguo Testamento, pequeño y humilde (cfr. Dt. 7, 7), encontró a su Dios, grande y salvador, en *experiencias históricas: la montaña del Sinaí, la tormenta*. La Carta a los Hebreos nos hace ver que el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, también ella humilde, debe encontrarlo en realidades definitivas: **el Dios vivo, Sion y Jerusalén**, como lugares significativos del encuentro con Dios, **los primogénitos inscritos en el cielo** y sobre todo en **Jesús, Mediador de la nueva alianza**. Esa Iglesia está llamada a vivir con gratitud su llamado a entrar al servicio de Dios y del mundo. Esa es la actitud de una humildad activa que se le pide.

Lc 14, 1.7-14: «Todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado»

EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a ti, Señor.





¹ Sucedió que un sábado fue a comer a casa de uno de los jefes de los fariseos. Ellos le estaban observando.

Elección de **asientos**

⁷ Notando cómo los invitados elegían los primeros puestos, les dijo una parábola: ⁸ «Cuando alguien te invite a una boda, **no te pongas en el primer puesto**, no sea que haya invitado a otro más distinguido que tú ⁹ y, viniendo el que los invitó a ti y a él, te diga: ‘Deja el sitio a éste’, y tengas que ir, **avergonzado**, a sentarte en el **último puesto**. ¹⁰ Al contrario, cuando te inviten, vete a sentarte en **el último puesto**, de manera que, cuando venga el que te invitó, te diga: ‘Amigo, sube más arriba.’ Y esto será **un honor para ti delante de todos** los que estén contigo a la mesa.

||Mt 23:12; =Lc 18:14.

¹¹ «Porque todo **el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado**».

Elección de **invitados**

¹² Dijo también al que le había invitado: «Cuando des una comida o una cena, **no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos**; no sea que ellos te inviten a su vez y tengas ya tu recompensa. ¹³ Cuando des un banquete, **llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos**; ¹⁴ y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues **se te recompensará en la resurrección de los justos**».

a) **Contexto:**

Re-leyamos la Palabra para interiorizarla:

a) **Contexto:** Viaje a Jerusalén = Lc. 9,51- 19,28

Sin perder de vista la perspectiva del camino, Lucas nos presenta a Jesús tomando parte en la comida del sábado en casa de un fariseo importante. En esta ocasión Lucas parece tener especial interés en resaltar la actitud circunspecta y observadora de los protagonistas. Fruto, en efecto, de ella son las palabras de Jesús, a las que Lucas califica de parábola. En realidad son **dos parábolas**: la primera dirigida a **los invitados** (vv. 7-11), la segunda **al anfitrión** (vv. 12-14).



b) Comentario:

v. 1:

Era costumbre en aquellos tiempos y lugares invitar de vez en cuando a un rabino para conversar durante la comida sobre algún punto de interés religioso. Esto ocurría principalmente los sábados.

No era extraño, entonces, que en ese viaje Jesús fuera invitado a comer en más de una oportunidad. No rechaza esas invitaciones y hace de ellas ocasiones para educar nuestra fe. ¿Cuál es la intención de la enseñanza del Señor? Todo acontece dentro de un **banquete** y sabemos la significación que Cristo da a esa experiencia de la convivencia humana. Es una *imagen del Dios grande que se abaja para compartir con los hombres su felicidad*. Nos enseña a penetrar en el sentido profundo que tienen esas realidades en apariencia sólo profanas y humanas.

Esta vez la invitación viene de uno de los principales fariseos. Conocía Jesús sus costumbres y en más de una ocasión les reprochó su afán de aparentar y de ambicionar honores (Mt. 23, 5-6). También es bueno tener en cuenta la *apertura del Señor Jesús hacia todos*. Aprendamos de **su cercanía al pobre** y de **su aceptación a la invitación del rico**; pero también de **su palabra libre** en toda circunstancia.

v.7-10:

Jesús no solo va al banquete como invitado y comensal sino como Maestro. Con su mirada observadora vio el comportamiento de otros invitados. De una vez pone en escena su palabra.

En el texto evangélico tenemos un «*discurso de mesa*», al estilo de la literatura pagana. Los comensales aparecen en torno a la mesa del dueño de casa y denotan la pertenencia a su grupo social, y cada uno intervenía sobre el tema. Jesús sigue el mismo estilo, elige la **humildad** como tema y describe las manifestaciones de la misma. Lucas además aprovecha para fijar un estilo de reuniones cristianas, rompiendo barreras que limitaban las asambleas judías.

Jesús ve cómo los comensales se disputan los primeros puestos (v. 7). El deseo de figurar era una de los defectos típicos de los fariseos (Cfr. Lc. 11,43;20,46). Jesús pone en ridículo su **superficialidad** y su mala **educación**. Pero las palabras de Jesús son algo más que una lección de buenas formas o de urbanidad; nos dice Lucas, se trata de un «ejemplo» que contiene un mensaje religioso.

La primera parábola de hoy está formulada en términos de **recomendación práctica** para invitados a un banquete (vv. 8-10). No sentarse a la cabecera de la mesa





sino en el último lugar. *Cabecera* por oposición a *último lugar*. El impacto está asegurado por la manera gráfica de la recomendación.

Jesús observa que en ese banquete ofrecido en su honor no hay **pobres, ni inválidos ni ciegos**. Al contrario, están a la mesa **los amigos, los parientes y vecinos ricos**. En cambio en el banquete al que Dios invita a toda la humanidad hay puesto para todos. Recordemos que en la parábola de los invitados al banquete, al recibir el agravio de los invitados que no quisieron venir a la boda mesiánica, el rey dice al criado: «*Sal de prisa a las plazas y a las calles de la ciudad y trae aquí a los pobres y a los inválidos, a los ciegos y a los cojos... Anda a los caminos y a las veredas y convence a la gente para que entre hasta que se llene mi casa*» (Lc. 14, 21-24).

Una primera enseñanza que da Jesús se refiere al puesto que es propio del cristiano frente a su prójimo. Es Dios quien asigna el puesto a cada uno. No se usurpa para beneficio propio, sino que se ocupa en servicio del Reino que Jesús proclama: esa gran intervención salvadora de Dios a través de su Hijo encarnado.

Debemos tener hacia los otros consideración y respeto como a hijos de Dios. Más tarde los apóstoles lo inculcarán: «*No hagan nada por rivalidad o vanagloria; sean por el contrario humildes y consideren a los demás superiores a ustedes mismos*». Porque el que invita al verdadero banquete del Reino es el mismo Señor y es él el que lee nuestra condición. No somos nosotros los que damos el veredicto de nuestro valor. En el Reino todos somos humildes servidores. De él podemos esperar aquella palabra consoladora: «*Amigo, sube más arriba*». Pero a ese «*más arriba*» se llega desde la **humildad cristiana**, la que nos hace **servidores** de los demás con entrega y alegría, no desde la soberbia que humilla a los otros (cfr. v. 9).

v. 11:

Cierto que los sabios de Antiguo Testamento habían dado consejos similares, de pura cortesía y buenos modales (cfr. Prv. 26, 6-7). Pero en la palabra de Jesús no sólo hay palabras que inculcan buena educación. Su mensaje final: «**El que se engrandece será humillado, y el que se humilla será enaltecido**», con la que termina la parábola del fariseo y el publicano (Lc. 18, 14), nos indica que en su pensamiento no se trata solamente de comportamientos meramente humanos sino de **actitudes propias del Reino de Dios**.

v. 12-13:

Pero Jesús añade **una segunda enseñanza** que viene a enriquecer la primera. Seguidamente Jesús se dirige a quien le había invitado. A diferencia de nosotros los humanos que en las comidas a las que invitamos a amigos y familiares, en ocasiones con intención de reportar un beneficio (v. 12), Dios invita a su banquete a los pobres y necesitados, a los ignorados y marginados...





«Cuando des un banquete invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos» (v.13). También ahora se trata de un «ejemplo» y no sólo de una regla de comportamiento social. Jesús quiere decir que el amor auténtico se muestra cuando se ejerce sin esperar recompensa alguna.

Recordó sin duda que en el **Lv 21**, 17-20 se decía a Aarón: *Ninguno de tus descendientes que tenga un defecto corporal podrá presentar a su Dios la ofrenda de pan, sea ciego o cojo, con un miembro raquítico o atrofiado, lisiado de pies o de manos...* Cristo transforma todo esto con su Ley nueva.

La llamada a *los pobres* (v. 13) hay que verla no sólo en el contexto material, sino también como actitud interior. Los «pobres de Israel» son escogidos no por su pobreza social, sino por los sentimientos que permite esa pobreza, mientras que la riqueza de los primeros invitados, les impide alcanzar esos sentimientos de disponibilidad.

Esta segunda parábola es de las imposibles de olvidar. Sus imágenes deliberadamente agresivas garantizan el *impacto* y el *desconcierto*. Sin embargo, el propio lenguaje de la parábola nos pone en la pista de sentido. Empezamos a intuir que lo que Jesús propugna es la *actuación desinteresada*.

Así ha hecho Dios en su banquete mesiánico. Nos ha servido su Palabra y nos ha dado con infinito amor a su propio Hijo. Nos sirve el necesario Pan de la Palabra y de la Eucaristía. Y los invitados somos todos. Tenemos necesidad de Dios mismo. Tenemos oscuridades y cegueras y en ese banquete Cristo se hace nuestra luz. Tenemos limitaciones para seguir el ritmo de la marcha a través del mundo de los hijos de Dios y Dios sana nuestras parálisis. Somos indigentes, así abundemos en bienes de este mundo, y Dios nos enriquece con la comunicación que nos hace de su propia vida. Ese es el banquete de la vida que empieza con realidades generosas de Dios en esta vida y culmina con el banquete sin fin de la vida eterna.

La presencia misma del Señor, el aprecio de su palabra y su obra, le daban autoridad para dirigirse a los demás. Su palabra no es irrespetuosa ni desagradecida sino cuestionadora. Hace de toda ocasión un escenario para evangelizar. Mucho debemos aprender al respecto en nuestros compromisos pastorales. ¡Qué juicio merece ese banquete a los ojos de Dios? En el banquete que Dios prepara para todos al final (**Is. 25**, 6-10) ¿quiénes son los invitados? Todos los habitantes de la historia sin discriminación.

v. 14:

Y termina con una bienaventuranza que promete la bendición divina: «y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos».

El que invita a los pobres no puede esperar ser invitado por ellos en otra ocasión. ¿O acaso sí? Si tenemos en cuenta que el banquete es un símbolo habitualmente





empleado para hablarnos del Reino de Dios y que los pobres son aquéllos a quienes se ha prometido el reino de Dios, el segundo «ejemplo» puede adquirir una profundidad mayor. Invitar a los pobres sería tanto como sentarse a la mesa de los pobres, solidarizarse con ellos, sería amarles de tal manera que uno pudiera esperar también entrar con ellos en el Reino que les ha sido prometido.

Las cenas de Jesús en casa de los que lo invitan se convierten en lugar propicio para dejar *escuchar su Palabra*. Hace de toda realidad humana un lenguaje que ilumina su misión y la convierte en Palabra salvadora de Dios, su Padre.

3. MEDITACIÓN: ¿Qué NOS DICE el texto?

La humildad cristiana

¿Qué idea tenemos de la humildad cristiana? Hemos oído hablar de los humildes, quizás en forma negativa. Están llamados a no sobresalir y a estar permanentemente sometidos. Incluso en la pedagogía actual se insiste en formar a los niños en la “autoestima” que parece ir en contra de la virtud de humildad. Si abrimos el diccionario leemos que la humildad es «el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar conforme a ese conocimiento»(DRAE). El origen de la palabra humildad se relaciona con el *humus*, capa superficial de la tierra y evoca la *pequeñez*, la *poquedad*, *lo que está abajo y se pisa*.

Sin embargo en la Biblia la humildad aparece, no en forma negativa, sino como *un valor*. Se relaciona, no con los poderosos y los fuertes, sino con *Dios*. La humildad del hombre se mide frente al Dios grande y poderoso, y no como una *rivalidad insensata*, sino como un *ocupar el puesto que el hombre tiene en el plan salvador de Dios*. Dios nos da capacidades para que las pongamos al servicio de los demás (cfr. **1Pe. 4**, 10). No son para negar ni para ocultar, sino para que nuestro *servicio del hombre*, en todas sus dimensiones, humanas y divinas, sea *eficaz*.

En realidad el único verdaderamente humilde ha sido el Señor Jesús. El texto de los **Flp.** (2, 6-11) así lo dice. En él la humildad no ha sido una mera actitud sino una realidad de su ser de Hijo de Dios encarnado. Jesús puso al servicio de nosotros su *infinita realidad divina* encerrada en la *pequeñez de nuestra carne*. No huyó de los hombres, no negó su Palabra, no escatimó su poder salvador sino que todo lo entregó para la vida del mundo. Esa es la máxima expresión de la humildad cristiana. No escogió el primer puesto, que hubiera sido el suyo conforme a nuestras maneras de obrar, sino el puesto de *servidor*: el que pone al servicio de los demás, no sólo sus capacidades, sino su mismo ser de Hijo en la realidad de la Encarnación.

Nuestras discriminaciones

Por afianzar nuestra fragilidad tomamos actitudes que quieren dar la impresión de valores que no tenemos. Fácilmente con ellas ofendemos a nuestros hermanos. La vida está llena de detalles en el hogar, en el trabajo, en la convivencia social que nos deben





interrogar. ¿Qué aprecio tenemos de los otros, en especial de los más débiles y menos considerados en la escala social, los que el evangelio llama «*pobres, inválidos, ciegos*»? Fácilmente discriminamos a otros por su estrato, su cultura, su raza, su procedencia. Olvidamos que todos estamos invitados por el Padre Dios a sentarnos en el banquete de la vida eterna, allá donde todos nos hermanamos, igualmente amados por nuestro Padre Dios. El Señor quiere que desde ahora empecemos a vivirlo en nuestras costumbres y realidades cotidianas. La Iglesia debe ser el recinto donde aprendamos a apreciar y a amar a todos como hermanos. En ella no hay cabida para ninguna discriminación. Nos lo enseñó así Santiago en su carta (**Stg. 2, 1-10**).

El verdadero sentido de la vida

Jesús, el Cristo, no es sólo un maestro de buenos modales. Su enseñanza nos abre el sentido hondo de la vida que llevamos, incluso en la cotidianidad ordinaria. Es la máxima sabiduría el saber encontrar ese sentido que enriquece todo el obrar. Nos enseña una *humildad constructiva*. A partir del bautismo, el hombre, con todas las riquezas que ha recibido de Dios en su ser de persona, se debe poner al servicio de Dios y del prójimo para dar realidad al plan de Dios que busca conducir a todo hombre a su plena realización. Si algo falta en ese plan, no es carencia en Dios, sino en nosotros.

Ser *humildes* nos invita a ser *generosos* en el servicio de Dios, de la Iglesia, de todos los hermanos. Ya no nos debemos a nosotros mismos para buscar egoístamente nuestro solo desarrollo; a partir de nuestro bautismo nos debemos a Dios y nos debemos a los hermanos, para servirlos con eficacia usando los dones con que Dios ha enriquecido nuestra vida. Esa es la verdadera humildad cristiana. Así lo hizo el Señor Jesús. Así lo hizo María, la Madre.

La humildad como actitud servicial

Estamos llamados a participar en el misterio de Cristo: su muerte y resurrección, su humillación y exaltación. Vivir en la humildad es vivir este misterio en su dimensión servicial.

No se sirve a los demás, ni se colabora, si no hay conciencia de humildad cristiana. La caridad que sirve por amor, sin esclavitud, ni sujeción, se fundamenta en la humildad.

Jesús que fue el Señor, se hizo el servidor del Padre (servicio de *obediencia* y servicio de *culto*) y el servidor total del hombre (con su palabra, con su poder, con su vida, con su Iglesia).

4. ORACIÓN: ¿Qué LE DECIMOS NOSOTROS a Dios?

Padre de bondad,
tu Hijo nos ha mostrado el camino
de la humildad y sencillez



para acceder verdaderamente a tu presencia
y aprovechar tus dones.

Concédenos esa actitud
para que podamos llegar a ser
comensales de la mesa de tu Reino.

Que asumamos consciente y dignamente
nuestro lugar en el mundo
y no aspiremos a proyectos
que superan nuestras capacidades.
Que aprendamos de tu Hijo a no ser servidos sino a servir. Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿Qué NOS PIDE HACER la Palabra?

Dios se revela como suprema sabiduría al humilde que adora. El autosuficiente se termina en sí mismo; el cínico no arraiga en tierra alguna.

Dios mira y perdona a los humildes; escoge a los humildes para confundir a los sabios y soberbios. Cristo se vació de sí mismo y se despojó de su rango, siendo Dios. El Siervo de Yahvé es el prototipo del humilde, del pobre vacío de sí mismo ante Dios. El servidor en quien Dios se complace. Proclama bienaventurados a los humildes y pobres. Exhorta a que se aprenda de El la humildad y la mansedumbre porque El es «manso y humilde de corazón».

Cristo se rebaja (**Ro. 8,3**), se humilla hasta morir en una cruz como un siervo (**Flp. 2,6**). Como siervo, sirve y lava los pies. Sentirse humillado, humillarse voluntariamente, colocarse en el último lugar nos hará sentirnos realmente humildes.

Relación con la Eucaristía

Como en el caso de la comida en casa del fariseo Simón, o en casa de Marta y María, o sobre todo, en la Última Cena con los discípulos, Jesús aprovecha la conversación alrededor de la mesa para **enseñar**. ¿No nos dice algo, esto, sobre el sentido de la Misa dominical?

Cada domingo, Jesús se pone a la mesa con nosotros y «*observa cómo nos comportamos los invitados*»... Escucharlo y obedecerle es una de las cosas más gloriosas que podemos hacer nosotros, los pobres y pequeños.

Es fácil actualizar la liturgia de la Palabra de este Domingo en función de la *participación eucarística* y de la *incidencia en la vida*.





La Asamblea Dominical es en el pleno sentido, una «*conversación en la mesa*». Más aún, el *Sacrificio Eucarístico*, ¿acaso no es, cada vez que lo celebramos, una proclamación de aquel *anonadamiento* y de aquella *glorificación* únicos y ejemplares de Jesús? Y los que estamos reunidos alrededor de la mesa, ¿no somos acaso los pobres invitados, instalados en la tierra fértil del patrimonio de Dios? (cfr. *Salmo responsorial*).

Jesús se hace siervo, siendo Señor; esa actitud de servicio le lleva a la humillación más profunda que es la clave de su exaltación. Cuando queremos ser exaltados de verdad, no hay más que un camino, el de la humillación, así seremos verdaderamente humildes.

Celebramos la humillación hasta la muerte servicial, para ser humildes en el servicio y construcción de la comunidad nueva. Sólo el sencillo puede ser el auténtico sabio: «*es humilde el sabio y soberbio el que se tiene por sabio*», dice un refrán.

Recordemos que Jesús en la Última Cena ocuparía el último lugar, el de los siervos, y lavaría los pies a sus discípulos; recordemos, sobre todo, que al día siguiente descendería mucho más al ser colgado en la cruz entre dos ladrones y que, por eso mismo, fue exaltado a la diestra del Padre.

Evidentemente Jesús no quiere enseñarnos una astucia para ser honrados públicamente entre los hombres. Jesús nos pide una *humildad de corazón*, lo mismo que pide la *conversión interior* y no sólo exterior: «*Para celebrar dignamente estos sagrados Misterios, reconozcamos que somos pecadores*»

Algunas preguntas para pensar durante la semana:

1. ¿Cuáles son mis motivos profundos en las cosas buenas que hago?
2. Aunque deseo legítimamente mejorar, ¿estoy contento con mi lugar en la vida?
3. ¿Vivimos la humildad como verdad? ¿Conocemos nuestros límites y posibilidades?
4. ¿Nos arriesgamos en puestos o tareas por encima de nuestros límites?
5. ¿Confundimos servicio con servilismo? ¿El servilismo nos sirve para sacar provecho?
6. ¿Con quiénes nos relacionamos habitualmente?
7. Nuestras invitaciones, conversaciones, amistades, ¿están a «nuestra altura» real?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM

